

DOS PÁGINAS DESCONOCIDAS DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

En la revista *Mundial magazine*, que publicó en París Rubén Darío entre mayo de 1911 y abril de 1914, aparecen en el segundo volumen, número siete, que corresponde al mes de noviembre de 1911, y en el número nueve, de enero de 1912, los títulos "El mausoleo" y "De «Poemas agrestes»" firmados por Juan R. Jiménez —como acostumbraba hacerlo "el cansado de su nombre" cuando estaba cansado de él sólo a medias. Una búsqueda entre lo publicado parece indicar que jamás quiso Juan Ramón colocar estos poemas en ninguno de sus libros. No figuran tampoco en la bibliografía incluida por Graciela Palau de Nemes en su *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez* (Madrid, 1957).

Sin entrar en el análisis de los poemas mismos para decidir acerca de su valor poético, ya que el sello inconfundible del autor abona suficientemente su calidad, convendría estudiarlos para conjeturar sobre las razones que lo llevaron a rechazar estos versos más tarde. Habrá que señalar antes un hecho curioso: el título *De «Poemas agrestes»* indica que el autor consideraba el fragmento parte de una colección o libro no publicado. Basta para verificarlo el que en las antologías subsiguientes (*Segunda antología poética*, Madrid, 1919, y *Tercera antología poética*, Madrid, 1957) hay secciones que se suponen parte de un libro inédito titulado *Poemas agrestes*, que ya se había anunciado en las *Elejías lamentables* de 1910. Ahora bien, al seleccionar para su amigo Rubén Darío estos trozos, imaginamos que Juan Ramón quiso elegir lo que consideraba de más valor de entre los borradores destinados a formar parte del libro inédito entonces y, por desgracia, nunca publicado. Por consiguiente, debe de haber cambiado de opinión cuando, en 1916, selecciona otra vez versos de este mismo libro.

Al enviar su manuscrito, no se preocupó al parecer el poeta de señalar de qué manera quería que se publicase, y el resultado fue algo insólito en el caso de estos alejandrinos de los *Poemas agrestes*. La página completa parece ser un poema único compuesto de doce serventesios. Pero al leerla se presentan dudas sobre la unidad de la obra, ya que el "mediodía" del tercer verso, el "poniente" de la cuarta estrofa, la "tarde" más adelante, el mes de "abril" que fecha una parte, y luego el de "junio" no se avienen unos con otros. Sin

duda ningún poeta, por desatento que estuviese, podría haber mezclado tanta incongruencia en un poema largo. En cambio, si leemos cada grupo de tres estrofas como un poema independiente, todo se torna claro.

Este agruparse de tres serventesios es casi una manía del período en que se escriben estos versos, y el sentido apoya la teoría. Por lo cual podemos dejar por sentado que se trata aquí de cuatro poemas. Ahora bien, el problema central de decidir por qué Juan Ramón no incluyó ninguno de ellos en sus antologías posteriores se complica, ya que no se trata sólo de dos poemas, sino de cinco, y cuatro de ellos (los de *Poemas agrestes*) ya de por sí merecedores de ser seleccionados en 1912.

Se desprende inmediatamente la conclusión o, si se quiere, conjetura anticipatoria, de que no nos hallamos frente al caso bien común del poeta que considera que los poemas recientemente escritos son todos igualmente valiosos. Si fuese así, sería difícil comprender por qué no se ha salvado siquiera uno de los cuatro de *Poemas agrestes*, especialmente si se tiene en cuenta que las antologías de Jiménez son amplias colecciones destinadas a presentar todas las facetas del poeta, compilaciones con deseos de totalidad, no ejemplos de lo mejor. Se robustece esta impresión al releer los serventesios de la *Segunda antología poética* y los de *Mundial magazine*.

Será necesario por lo tanto admitir que lo que guía a Juan Ramón en sus selecciones antológicas, no es el deseo de agrupar lo mejor suyo o todo lo que merece permanecer por haberse logrado estampar en un momento dado lo fugaz del pensamiento poético; más bien se diría que lo que dirige al antologista es la decisión de inventar un pasado de poesía que corresponda a su visión de lo poético en el momento en que se ejecuta la selección.

Entiéndase bien, hasta cierto punto el proceso de elegir en el pasado del pensamiento escrito constituye siempre una tentativa de rehacer lo pensado. También es necesario aclarar que ni en el hecho común al hacerlo, ni en la experiencia de Juan Ramón, hay ninguna intención de engañar o engañarse. Acontece sencillamente, como al recordarnos nuestro pasado vivido, que al recorrer lo escrito, nos halaga vernos a través de nuestra historia como la preparación de lo que somos y, por lo tanto, descartamos lo que hubiera podido ser espurio o deleznable, aunque, si hubiéramos seguido la senda vedada o rechazada, nuestra selección del pasado, en el futuro conjetural de la otra senda, hubiera rechazado lo que nos parece más nuestro ahora, y atesorado lo que rechazamos por haber seguido la senda que es ahora presente.

También habrá que detenerse a aclarar que lo que es común, el cambio del pasado al recordar y elegir, se da generalmente en grado casi imperceptible, mientras que en Juan Ramón parece producirse con cierta violencia de arrepentimiento y rechazo del pasado. Además, conviene recordar que el fenómeno violento no se da repetidamente en la trayectoria de su vida poética, sino que se limita —al menos en su exteriorización exacerbada— al período de 1916 a 1919. Anteriormente, el rechazo y la selección habían sido algo mucho menos marcado y menos público.

Junto con este brusco rechazo de gran parte de su poesía anterior, que se exteriorizó en su decisión de considerar todas sus publicaciones como “borradores silvestres”, se manifiesta en Jiménez una constante preocupación por la corrección de su obra. También aquí habrá que aclarar que la revisión había ya sido parte de la vida poética de Juan Ramón, pero nunca tan marcada y tan pública. Lo que era antes un deseo de mejorar un poema u otro, se convierte en este período en la necesidad imperiosa de rehacer lo anterior para darle sentido nuevo. A veces hasta se desfigura por completo lo que había sido sencilla intuición de un momento de emoción o hermosura, para darle cariz filosófico a lo que no lo tenía.

Volviendo a la conjetura inicial de que los trozos de *Poemas agrestes* no fueron rechazados por falta de valor en sí, sino por un cambio de dirección en lo que consideraba Juan Ramón la meta de su pensamiento, bastará recordar el efecto de algunas correcciones del período y comparar lo que se ha descartado con los poemas de *Mundial magazine* para establecer el porqué de este abandono. Un ejemplo bastará:

Y esta ventura eterna de un amor sin amores

(*Segunda antología poética*, p. 70)

había sido en el original de las *Elejías puras*:

Y esta amargura eterna de un amor sin amores.

Si se leen con atención los poemas adjuntos, se verá inmediatamente que la “amarga sed”, el “lugar humano y sin consuelo”, “el revés del cielo”, lo “casi sin sentido”, todo ello pertenece a la penumbra de dolor y amargura que quería ocultar este “Hijo de la alegría” por decisión suya. Al hacerlo, al expresar su rechazo de los poemas de esta época, y al corregir y desnaturalizar muchos de ellos, ha dado Juan Ramón oportunidad al crítico superficial y volandero

para repetir su rechazo y olvidar los tesoros que se encuentran sepultados en libros de esta época. Habrá entonces que insistir en que la crítica de Jiménez de su propia obra no tiene validez alguna, puesto que es solamente el reflejo de los cambios de orientación de una vida larga y rica, para así restaurar a los momentos de cada período su presencia original, a pesar y en contra de las tentativas de ocultarlos que hizo repetidamente el poeta.

Al terminar, queda todavía un pequeño problema sin resolverse. Se preguntará el lector, sin duda, qué significa, en vista de estas conjeturas, el poema "El mausoleo", con su claridad, con su certeza:

¡ Poder seguir, lo mismo que una sombra
Cotidiana, el sendero
Que va, blanco, derecho, entre dos prados verdes
Al umbral del cerrado mausoleo!

Parece que, dada la decisión de encauzar la obra hacia la pureza intelectual, "El mausoleo" debería de haber sido considerado inmediatamente como un poema de inclusión necesaria en antología. El poeta no podía rechazar al mismo tiempo los dos polos contrarios de su pasado, a riesgo, claro, de quedarse sin nada si lo hubiera intentado. Lo que parece destruir la hipótesis; a menos que, como creo yo, no venga a reforzarla. Si se examina con cuidado este poema, se verá inmediatamente que "El mausoleo" pertenece a la faceta de sentimiento, emoción, posición intelectual, que quiere conservar Juan Ramón, pero que le falta la concisión, la magia verbal —aun cae en la pobreza de unos versos como "La vida lo decora de trofeos / Que son para la Parca". Todo lo cual prueba que en este caso la decisión de excluir el poema pudo muy bien basarse en su falta de éxito.

Sería verdaderamente el ideal crítico poder encontrar en alguna recóndita confesión las palabras de pesar con que rechaza un poeta su obra anterior, suspirando por no haber podido expresar con certeza la verdad —o lo que cree hoy que fue verdad— o quejándose de haber escrito con excesiva magia lo que ya no puede aceptar, porque en su vida ha cesado de querer ver lo vivo en toda su variedad. Quizá el continuo estudio de las revisiones y selecciones de Juan Ramón Jiménez, nos enseñe algún día a comprender este íntimo conflicto de su mente crítica al repasar la obra juvenil.

BERNARDO GICOVATE



EL MAUSOLEO



*Dos cipreses oscuros
Guardán la entrada del jardín...
Sendero,
Tú vas, blanco, derecho, entre dos prados
verdes.
Al umbral del cerrado mausoleo.*

*La primavera blanda
Sobre el verdor ha puesto,
Flores de cien colores
Que el sol esmalta y bruñe con sus fuegos ;
Y del perfume fresco y cálido
Viene fragante el viento.*

*He pasado
¡ Jardín
Encantado y callado de los muertos,
Quien pudiera vivir,
Vivo, en tu soledad y en tu silencio,
Mirando el cielo azul
Desde el sepulcro abierto !*

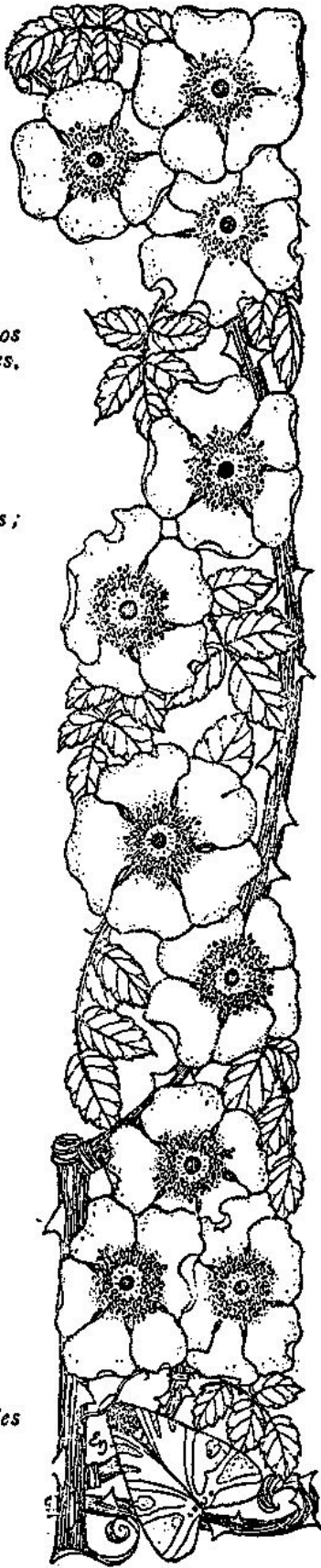
*Mi corazón es tuyo ;
La vida lo decoró de trofeos
Que son para la Parca...
Todo en torno es espléndido,
Todo para callar...*

*Que no hable el hombre...
Sólo el árbol, la brisa, el río, el pájaro
Charlen su incomprensible devaneo...*

*En el reposo suave
¡ Cómo se agranda el pensamiento !
¡ La vida me revela,
Lentamente, su tétrico misterio,
Y una aurora de esencias
Inmortales enciende la quirnalda
A la puerta infinita de lo eterno !*

*¡ Estar muerto en lo vivo !
¡ Estar vivo en lo muerto !
¡ Poder seguir, lo mismo que una sombra
Cotidiana, el sendero
Que va, blanco, derecho, entre dos prados verdes
Al umbral del cerrado mausoleo !*

JUAN R. JIMENEZ.



De « Poemas Agrestes »



*En el fondo pacífico del agua oscura y fría
Una nube viajera, como un sueño, se pierde
Mientras viene en la brisa del azul mediodía
Un dulce son de esquí, de allá del valle verde.*

*A solas voy conmigo, en infinita calma,
Peregrino callado de las arenas rojas,
Sin otra compañía que la sombra del alma,
Ni otra música que la del viento entre las hojas.*

*Muere el hombre. No tiene la vida más tesoro
Que la eternidad clara. Hermanos son del duelo
La dulce rosa blanca que el sol hace de oro,
El pájaro tranquilo que vaga por el cielo...*

*Entre el pinar en sombra, brilla el río violeta,
Recamado del oro triste del sol poniente...
Abril, vago, se esfuma, con una silueta
Otoñal: todo es pálido, pensativo y doliente.*

*¡Y por las nubes ciegas, que se amontonan, como
Una heráldica antigua de timbres fantasmiales,
Se cierra el horizonte con montañas de un plomo
Que encarcela no se qué rosas boreales!*

*¡Retorna un frío errante, de deshojados días,
El ensueño es difuso, opaco é invertido,
Y, en un instante, las nacientes alegrías
Dudan... tiemblan desnudas... y casi sin sentido!*

*La brisa suave juega con las dulces verbenas,
En la tarde, que va refrescando, de junio...
Todo es de otro color; tras las zarzas, aún llenas
De sol malva y de oro, se enciende el plenilunio.*

*Un florido trinar de leves pajarillos
Orna los nidos secos, entre las altas piñas;
Por los claros del bosque rosados y amarillos,
Esplenden fondos plácidos de trigos y de viñas..*

*¡Todo en la hora cínica se idealiza y se encalma,
Y el corazón sin nadie, vivo, dorado y tierno,
Siente, en su amarga sed, que todo tiene un alma
Que el amor está en todo, inefable y eterno!*

*Rosa y dorado, todo, vagamente, convida
A la perpetuidad de un divino embobeso...
Mas, agudas, cortantes, las voces de la vida
Me llaman á las hondas tristezas del regreso...*

*Indolente, la mano perdida, acariiciaba
El agua del arroyo, la flor de la pradera...
¡El pobre corazón mustio, se aletargaba
Cual para renacer en otra primavera!*

*Su duda no ha servido de nada... Por la venda
De la ceguera eterna, se ve el revés del cielo...
¡Oh! ¡sé bien que el encanto de la perdida sonda
Lleva siempre á un lugar humano y sin consuelo!*

JUAN R. JIMENEZ.